

8 de noviembre

XXXII domingo de tiempo ordinario

Sab 6, 12 – 16 / Sal 62 / 1Tes 4, 13-18 / Mt 25, 1-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

(Mateo 25, 1-13)

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Esta parábola forma parte del último discurso de Jesús en el Evangelio de San Mateo, el discurso sobre el final de los tiempos, y nos muestra una enseñanza fundamental: hay que estar preparados porque el Señor vendrá en el momento más inesperado.

Hay cosas que no se pueden improvisar: Cristo volverá y hemos de estar preparados; volverá de modo inesperado — a media noche— y la importancia del asunto es vital —nos jugamos la admisión o no en el banquete de bodas, en el cielo—.

Lo que distingue a unas vírgenes de otras no es si están en vela o duermen, sino si están preparadas para acoger al Señor cuando una voz a medianoche anuncie su regreso.

Para Mateo, estar preparado significa escuchar y poner en práctica las palabras de Jesús, que pueden resumirse en el mandamiento del amor. El retraso de la vuelta de Jesús no puede llevar a su iglesia al adormecimiento y al descuido, ni puede hacer que los cristianos se desentiendan de sus compromisos.

La situación de pandemia que estamos viviendo puede ser una oportunidad para pararnos y revisar cómo andamos de aceite para las lámparas, cómo andamos de amor para con Dios y con los hermanos, cómo andamos de celo por anunciar que el Esposo que viene es el único que nos puede salvar.

La vigilancia no deja de lado el hoy ni queda aprisionada en este momento. Cuando me tomo en serio las “realidades últimas”, cuando me preparo para la venida del Esposo, al mismo tiempo me estoy preocupando de las “penúltimas”, de anunciar con mi vida, como el pregonero de la parábola que el Señor viene y que hemos de encender las lámparas.

El mejor modo para esperar es vivir en plenitud cada instante; no desentenderse de nada, ni de nadie. La hora de la llegada del Reino, no es una hora especial, distinta de las otras. No se puede improvisar, ni aplazar... Se prepara dando valor y significado a todas las demás horas.

No se puede pretender ser “reconocidos” por Él, si no nos preocupamos de su mensaje, de que su voz nos sea familiar, si no nos comprometemos a traducir su palabra en la vida. Dios se retrasa, es su forma de ser puntual. La espera no debe debilitarnos, envejecernos, entristecernos... No es posible saber cuándo llega, sólo sabemos que “no sabemos el día ni la hora”. Es importante no emplear la espera en envejecer. La ancianidad joven es una manera sabia de vivir la espera y de prepararse para el encuentro.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo, el Evangelio (cf Mateo 25, 1-13) nos indica las condiciones para entrar en el Reino de los cielos y lo hace con la parábola de las diez vírgenes: se trata de las jóvenes que estaban encargadas de acoger y acompañar al novio en la ceremonia de boda y, como en esa época era costumbre celebrar de noche, las mujeres estaban equipadas con lámparas. La parábola dice que cinco de estas vírgenes son prudentes y cinco son necias: de hecho, las prudentes llevaron con ellas el aceite para las lámparas, mientras que las necias no lo llevaron. El novio tarda en llegar y todas se adormilaron. A medianoche se anuncia la llegada del novio; entonces las vírgenes necias se dan cuenta de que no tenían aceite para las lámparas y se lo piden a las prudentes. Pero estas responden que no pueden dárselo, porque no habría suficiente para todas. Mientras las necias van en busca de aceite, llega el novio; las vírgenes prudentes entran con él en la sala del banquete y se cierra la puerta. Las cinco necias regresan demasiado tarde, llaman a la puerta, pero la respuesta es: «En verdad os digo que no os conozco» (v. 12) y se quedan fuera.

¿Qué quiere enseñarnos Jesús con esta parábola? Nos recuerda que debemos permanecer listos para el encuentro con Él. Muchas veces, en el Evangelio, Jesús insta a velar y lo hace también al final de este relato. Dice así: «Velad pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (v. 13). Pero con esta parábola nos dice que velar no significa solamente no dormir, sino estar preparados; de hecho, todas las vírgenes se duermen antes de que llegue el novio, pero al despertarse algunas están listas y otras no. Aquí está, por lo tanto, el significado de ser sabios y prudentes: se trata de no esperar al último momento de nuestra vida para colaborar con la gracia de Dios, sino de hacerlo ya ahora. Sería hermoso pensar un poco: un día será el último. Si fuera hoy, ¿cómo estoy preparado, preparada? Debo hacer esto y esto... prepararse como si fuera el último día: esto hace bien.

La lámpara es el símbolo de la fe que ilumina nuestra vida, mientras que el aceite es el símbolo de la caridad que alimenta y hace fecunda y creíble la luz de la fe. La condición para estar listos para el encuentro con el Señor no es solo la fe, sino una vida cristiana rica en amor y caridad hacia el prójimo. Si nos dejamos guiar por aquello que nos parece más cómodo, por la búsqueda de nuestros intereses, nuestra vida se vuelve estéril, incapaz de dar vida a los otros y no acumulamos ninguna reserva de aceite para la lámpara de nuestra fe; y ésta —la fe— se apagará en el momento de la venida del Señor o incluso antes. Si en cambio estamos vigilantes y buscamos hacer el bien, con gestos de amor, de compartir, de servicio al prójimo en dificultades, podemos estar tranquilos mientras esperamos la llegada del novio: el Señor podrá venir en cualquier momento, y tampoco el sueño de la muerte nos asusta, porque tenemos la reserva de aceite, acumulada con las obras buenas de cada día. La fe inspira a la caridad y la caridad custodia a la fe.

Que la Virgen María nos ayude a hacer nuestra fe cada vez más operante por medio de la caridad; para que nuestra lámpara pueda resplandecer ya aquí, en el camino terrenal y después para siempre, en la fiesta de bodas en el paraíso.

Papa Francisco. Ángelus 12/11/2017

3. ¿Qué le decimos a Dios?

*Este es el tiempo en que llegas,
esposo, tan de repente
que invitas a los que velan
y olvidas a los que duermen.*

*Salen cantando al encuentro
doncellas con ramos verdes
y lámparas que guardaron
copioso y claro el aceite.*

*Cómo golpean las necias
las puertas de tu banquete
y cómo lloran a oscuras
los ojos que no han de verte.*

*Mira que estamos alerta,
esposo, por si vinieras
y está el corazón velando
mientras los ojos duermen.*

*Danos un puesto a tu mesa,
Amor, que a la noche vienes,
antes que la noche acabe
y que la puerta se cierre.*

Amén.

Podéis oír este himno en:

<https://www.youtube.com/watch?v=XOCfYMyA4QU>